

Reflexiones sobre la caza nobiliaria en la Baja Edad Media y su proyección en Galicia*

CARMEN MANSO PORTO**

Durante la Edad Media, la caza alcanzó una relevante significación social en cuanto actividad de las clases aristocráticas, ya fuera como medio de entretenimiento, como preparación física para la guerra o bien como ocasión para demostrar valor y destreza (1).

El toque refinado y distinguido que le caracteriza, al organizarse en grandes expediciones con numerosos participantes especializados, fue heredado de las culturas antiguas, que también se entregaron asiduamente a la caza como medio idóneo para cultivar los mismos valores (2).

Este deporte cinegético, que suponía un esfuerzo personal y un riesgo considerable, era —según Jenofonte— muy propicio para la formación del cuerpo y del alma, y constituía, moralmente, un placer honesto que educaba y desarrollaba la templanza, el espíritu de disciplina, justicia y verdad (3). Por su parte, Platón condenaba la caza nocturna con trampas y lazos, y se pronunciaba a favor de aquella que se realizaba a caballo, de porte más digno (4), considerándola una “escuela de virtudes militares” (5).

Su éxito y dominio fue estimulando la creación de una extensa literatura a lo largo de los siglos, que sirvió tanto de “manual” práctico como de justificación ideológica para su ejercicio (6).

En efecto, a pesar de las diversas especializaciones a que responden todos los tratados, se advierte en ellos un plano teórico de tipo didáctico-moralizador que acredita en buena medida su elaboración y difusión.

** Carmen Manso Porto, residente en Madrid, es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago y especialista en temas de Historia y Arte Medieval.

(*) Agradezco al Prof. Dr. D. Serafin Moralejo Álvarez las valiosas orientaciones que me brindó acerca de la temática cinegética medieval, para el estudio que realizo sobre este asunto en la Baja Edad Media Gallega.

(1) A. QUEFFELEC, *Representation de la chasse chez les Chroniqueurs anglo-normands du douzième siècle*, en “La Chasse au Moyen Âge”. Actes du Colloque de Nice, Nice 1980, p. 431 señala como virtudes típicamente aristocráticas: el gusto por la aventura, la pasión por el combate y el sentido de las relaciones sociales, dándoles ocasión de “participer à un rite qui fortifie la cohésion de leur classe sociale tout en exaltant les valeurs qui justifient son existence et sa prépondérance dans la société médiévale”.

(2) H. LECLERCQ, *Chase (I. Textes)* en “Dictionnaire d'Archeologie Chrétienne et de Liturgie”, III, Première Partie, Paris, 1913, col. 1079-1092, ofrece datos interesantes sobre la historia de la caza desde sus orígenes hasta la civilización carolingia; M. GUARDIA PONS, *Las pinturas bajas de la ermita de San Baudelio de Berlanga (Soria). Problemas de orígenes e iconografía*, Soria 1982, p. 37 destaca la de los persas y romanos de cuya influencia derivaron dos troncos: el del mundo musulmán que adoptó elementos de ambas, y el que denomina “cristiano alto medieval, oriental y occidental”; véase además pp. 38-125, donde analiza la cacería en el mundo antiguo y en la Alta Edad Media.

(3) J. AYMARD, *Essai sur les chasses romaines des origines à la fin du siècle des Antonins*, Paris, 1951, pp. 364 ss y 483. Jenofonte (s. IV-V a. de J.C.) escribió el primer tratado —*Cynegeticus*— sobre la caza de la liebre, ciervo y jabalí, así como los tipos de trampas y el adiestramiento de los perros, que sirvió de inspiración o de modelo para la producción medieval.

(4) *Ibid.*, pp. 484-485.

(5) R. CAMPWELL, *La caza en todos los países a través de los siglos*, Barcelona 1886, p. VII.

(6) Entre las obras más importantes relativas a la montería cabe destacar: *De Arte Venandi* (hacia mediados del siglo XIII) de un caballero atemán llamado Guicennas; el *Libro de la Montería* (1340-1349) del Rey D. Alfonso XI, impreso en 1582 por Argote de Molina; *Le livre du roy Modus et de la royne Ratio* (hacia 1370) compuesto por el normando Henri de Ferrières; *Le Roman des Deduits* (1359-1377) de Gace de la Buigne, dedicado a D. Felipe, Duque de Borgoña; *Le Trésor de la Vènerie* (1394) de Hardouin de Fontaines-Guérin, para los príncipes Luis y Carlos de Anjou; *Livre de Chasse* (1387-1390) de Gaston III Fébus, Conde de Foix y Vizconde de Béarn; *The Master of Game (1406) de Eduardo III, Duque de York*; *Libro da Montaria* de D. João I, Rey de Portugal (1357-1433) y *Libro da Ensinança de bem cavalgar*, escrito por su hijo D. Duarte I (1433-1438) como complemento para el deporte cinegético; *Tratado de Montería*, anónimo español del siglo XV; y *La caza y la cetrería* (Florencia, 1500) de Belisario Acquaviva. Con respecto a la cetrería, además de algunos de los “manuales” ya mencionados que tratan de ambas especializaciones, contamos con los siguientes: *De Arte Venandi cum Avibus* de Federico II de Hohenstaufen (+ 1250); *Libro de la Caça* (hacia el primer cuarto del siglo XIV) del Príncipe Don Juan Manuel; *Tratado de Alveitaria y Cetrería*, traducido al portugués (1318) por Mestre Giraldo; *Libro da Falcoaria* de Pero Menino dedicado a D. Fernando I de Portugal; *Libro de la Caza de las aves* (1386) del Canciller Pero López de Ayala; *Libro de Cetrería* de Juan de Sant-Fahagund, halconero de D. Juan II de Castilla, que presentó a D. Enrique IV (1454-1474); y el *Libro de cetrería y profecía de Evangelista* (siglo XV).

Por razones de espacio, excluyo la copiosa bibliografía que existe sobre estos tratados y sobre otras fuentes cinegéticas aquí omitidas. Sólo me referiré a las ediciones más consultadas e imprescindibles para este estudio.



fig. 1.— San Francisco de Betanzos. Relieves de la capilla mayor. Detalle del costado del lado del Evangelio.

Resumiendo, se podrían subrayar las siguientes ideas básicas, una y otra vez reiteradas, que vendrían a constituir una suerte de “ideología de la caza”:

a) El arte de la caza, con todas sus normativas, es una ocupación digna de la nobleza y de la realeza.

b) Los reyes son sus máximos defensores y promotores.

c) Su práctica requiere un esfuerzo físico que mejora la salud corporal al favorecer el sueño y el apetito.

d) Es además un medio eficaz de preparación para la guerra, como ejercicio de equitación y ocasión de demostrar resistencia, valor y destreza.

e) La aventura, el placer y la emoción benefician el estado de ánimo.

f) La caza combate el ocio, que es ocasión de melancolía y pecado (7).

Este último aspecto, alusivo al plano moral, y que se reitera constantemente en los tratados, nos permite plantear la siguiente cuestión:

Si tenemos en cuenta que el pensamiento religioso del medievo tendía a valorar el trabajo de las clases populares —artesano y campesino— al considerarlo como una alianza entre Dios y el hombre —medio de redención— (8), ¿no podría aplicarse la misma formulación a la práctica de la caza si se reconocía en ella la dedicación —sinónimo de trabajo— por excelencia de la nobleza? (9).

Este supuesto, por su parte, contribuirá a justificar dos hechos importantes:

1) El contenido religioso de la literatura cinegética, al estimar que la caza libera del pecado, proporciona felicidad y fortalece la fe, como actividad otorgada por Dios a los hombres, siempre que se ejercite con moderación (10). Además, teniendo presente que la

(7) A este respecto, PERO LÓPEZ DE AYALA, *Libro de la caza de las aves*. Texto íntegro en versión de J. Fradejas Lebrero, Madrid 1980, p. 54 expone el siguiente argumento: “Y por excusar estos daños, que vienen al alma y al cuerpo estando los hombres ociosos, procuraron aquellos que hubieron de criar hijos de los reyes y de los príncipes y grandes señores, tenerlos, con todo su poder, guardados en estar ociosos, y que trabajasen e hiciesen ejercicio... con que tomasen placer sin pecado, sirviéndose y aprovechándose de las cosas que Dios crió e hizo para el servicio del hombre...”.

(8) SAN BUENAVENTURA, *De reductione artium ad theologiam*, Opera, T. VII, Paris 1871, p. 502, cit. por J. HUIZINGA. *El otoño de la Edad Media*, Madrid 1945, p. 296.

(9) Véase nota 7. La misión esencial de los caballeros era la formación militar que, en periodos de paz, alternaban con el ejercicio venatorio. La sociedad medieval estaba organizada en tres órdenes: clérigos, caballeros y campesinos, desempeñando cada uno de ellos su misión: oración, guerra y trabajo respectivamente. Cfr. a propósito de esto, G. DUBY, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona 1980; en la p. 368 recoge una cita muy significativa de Benito de Saint-Maure (*Historia de los duques de Normandía*, 1173-1185) que dice así: “Los clérigos por todos deben orar / Los caballeros sin tardanza / Deben defender y honrar / Y los campesinos trabajar”.

(10) Sin entrar en la problemática que encierra la valoración que la Biblia concede tanto al trabajo como al pecado, si me interesa señalar brevemente que ambas ocupaciones se encuentran asociadas al pecado. Este argumento, en su sentido negativo, será un recurso muy manipulado por una parte del clero que se manifestaba en contra de la actividad venatoria, denunciando los abusos y la pasión que provocaba. Así por ejemplo, hacia 1159, JUAN DE SALISBURY, *Policraticus*, ed. de M. A. Ladero, M. García y T. Zamarriego, Madrid 1984, pp. 109-121, sirviéndose de los textos sagrados, y en un intento de ridiculizar las “frivolidades de los cortesanos”, puntualiza, sin embargo, que “puede, por tanto, el arte de la caza ser útil y honesto, pero ello depende del lugar, tiempo, modo, persona y causa”. Y “el modo de cazar es, en cambio, laudable si se realiza prudentemente con la debida moderación”.

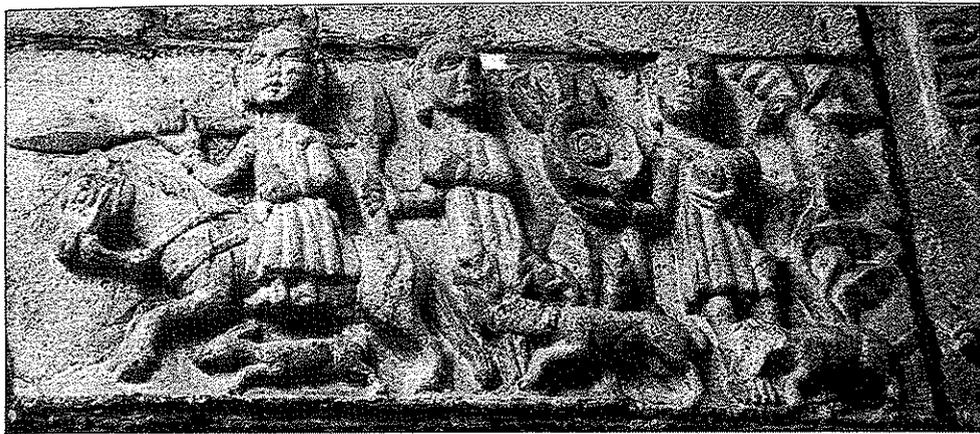


fig. 2.— San Francisco de Betanzos. Relieves de la capilla mayor. Detalle del costado del lado de la Epístola.

mentalidad medieval buscaba continuamente en las cosas terrenales prefiguraciones o símbolos de lo divino, llegando incluso a entremezclar o confundir lo sagrado con lo profano (11), era lógico, en cierta medida, encontrar también alusiones a lo divino en la floreciente “biblioteca venatoria” del momento como otro medio de redención para la clase aristocrática. Uno de los textos más significativos, a este respecto, nos lo proporciona el *Livro da Montaria* de D. Joao I de Portugal, en donde el monarca se expresa en los siguientes términos:

“Esta vista é tam sabrosa em veer, que comparada é com a vista da Gloria de Deus; e nom nos ajam por mal em dizer isto, ... que muitas vezes fizerom os Santos Padres, poendo em comparaçom as pequenas cousas com grandes e as grandes com pequenas” (12).

2) La presencia de ciclos veneratorios en los monasterios, conventos, iglesias y catedrales junto a los repertorios religiosos —Antiguo y Nuevo Testamento, vidas de santos y simbologías del pecado— lo mismo que la asociación y yuxtaposición de éstos con otros de carácter naturalista —flora y fauna, actividades del clero y trabajos de los meses, entre otros—, no tendría mayor alcance que el de mostrar una serie de imágenes de la vida cotidiana protagonizadas por el clero —escenas de predicación—, la clase nobiliaria —asuntos cinegéticos y, en algunos casos, los meses de Abril, Mayo, Octubre y Diciembre (13)— y el campesinado —ocupaciones a lo largo del año— (14), con la finalidad didáctica de reflejar el papel que cada estamento debía desempeñar en aquella sociedad (15).

(11) Sobre los peligros que ocasionaba la familiaridad en el tratamiento de los asuntos religiosos, véase J. HUIZINGA, *op. cit.*, pp. 215-250; J.L. ROMERO, *La Edad Media*, México 1961, p. 190, señala que esta concepción naturalista, reflejada en la pintura y la miniatura, “afloraba revestida —o acaso indiscriminadamente confundida— con el ropaje de la más severa tradición religiosa”.

(12) Cit. por M. RODRIGUES LAPA, *Lições de Literatura Portuguesa. Epoca Medieval*, Lisboa 1934, p. 251 reproduce el texto de la edición de 1918 (pp. 18-19) que no he podido consultar.

(13) Véase sobre esta cuestión L. REAU, *Iconographie de l'art chrétien*, Paris 1955, t. 1, pp. 145-152 (bibliografía). Un personaje joven sosteniendo un ramo podría personificar Abril; una escena de cetrería a Mayo y Octubre, y una cacería de jabali a Diciembre. Estas figuraciones se encuentran muy a menudo en los *Libros de Horas*.

(14) *Ibid.*

(15) A este respecto, la yuxtaposición más audaz, para el caso gallego, se encuentra en la capilla mayor de San Francisco de Betanzos. Allí, los relieves cinegéticos comparten el espacio con un tema religioso de gran trascendencia: la “Visión Apocalíptica” —“Cristo-Juez mostrando las llagas con el Tetramorfos” en el muro del fondo; la “Resurrección de los muertos” y escenas del “Juicio Final” en el arranque de los nervios de la bóveda; y el “Peso de las almas” sobre el arco de ingreso—. Asimismo, próximo a los relieves profanos, se figuran la “anunciación” —capiteles del arco de ingreso del lado de la Epístola—. Los episodios del ciclo de la Natividad, que suelen ocupar un lugar destacado en las iglesias o dependencias conventuales de las Ordenes Mendicantes de Galicia, se localizan, con cierta frecuencia, junto a los relieves profanos de caza. Entre los ejemplares más significativos que he podido constatar, subrayo los siguientes: “Anunciación” en San Francisco de Ribadeo; “Anunciación” y “Nacimiento” en Santo Domingo de Ribadavia; “Nacimiento” y “Adoración de los Reyes” en Santo Domingo de Tui; y el ciclo completo en Santo Domingo de Pontevedra.



fig. 3.— Santo Domingo de Ribadavia. Capiteles del primer pilar de la nave del Evangelio, caras sur y oeste.

Por otro lado, la influencia del *Physiologus* (16), supuso, asimismo, la inclusión —en los mismos lugares sagrados— de otro repertorio iconográfico con apariencia profana y fantástica, que en la mayoría de los casos comportaba una simbología determinada, y con cierta frecuencia, se encontraba ligado a los temas religiosos propiamente dichos o a los ciclos profanos arriba mencionados, reflejando una clara intencionalidad moral o incluso satírica.

LA NOBLEZA GALLEGA Y LAS ORDENES MENDICANTES

Las representaciones de caza que conservan las iglesias, claustros y salas capitulares de los conventos mendicantes y otras iglesias coetáneas gallegas, evidencian la categoría que la nobleza gallega había otorgado a esta actividad.

Los frailes mendicantes consiguieron mantenerse al margen de las luchas entre la nobleza y el clero, como consecuencia de la usurpación de los señoríos eclesiásticos y monásticos por parte de aquella (17). Esta circunstancia, les permitirá edificar sus conventos con las generosas ayudas que les fueron proporcionando la nobleza, el clero y la burguesía de las villas en donde se asentaban, o de las localidades próximas.

La clase nobiliaria, que sin duda contaba con mayores recursos económicos, contribuyó espléndidamente en las obras, imponiendo, de algún modo, su gusto en la decoración, al menos en las capillas que se construyeron bajo su patronazgo y que destinaron a uso funerario (18). La muestra más significativa corresponde a los relieves cinegéticos de

(16) *Cfr. El Fisiólogo, Bestiario medieval*. Introducción y notas de N. Guglielmi, Buenos Aires, 1971.

(17) J. GARCIA ORO, *Galicia en la Baja Edad Media. Iglesia, Señorío y Nobleza*, Santiago de Compostela 1977, pp. 16-17.

(18) La Orden de Predicadores había obtenido del Papa Inocencio IV, en 1244, la autorización de enterrar en sus conventos e iglesias a los seglares. Los Frailes Menores disfrutaron de la misma licencia seis años después. (*Cit.* por M. DURLIAT, *le rôle des Ordres Mendicants dans la création de la architecture gothique méridionale*, en "Cahiers de Fanjeaux", 9, 1977, pp. 71-85, especialmente pp. 80 y 83.

En Galicia, las capillas funerarias, generalmente propiedad de la nobleza, alcanzaron su apogeo a partir del siglo XIV. Todas las iglesias medievales que conservamos pertenecen a la segunda fundación, pues, como consecuencia del impulso nobiliario y popular, las Ordenes Mendicantes, que se fueron instalando por la geografía gallega a lo largo del siglo XIII con casas pobres y sencillas de acuerdo con sus constituciones, pudieron entonces levantar nuevos conventos con amplias iglesias, capaces de albergar mayor número de fieles.



fig. 4.— Santo Domingo de Pontevedra. Capiteles del arco de ingreso a la capilla mayor, lado del Evangelio.

la capilla mayor (fig. 1 y 2) de San Francisco de Betanzos (1387), construida por Fernán Pérez de Andrade o Bóo (18*).

Hay que tener en cuenta que la abundancia de capillas funerarias financiadas por particulares es un fenómeno común a toda la geografía europea de las Ordenes Mendicantes durante los siglos XIV y XV esencialmente. Los frailes estimulaban esta iniciativa privada con el deseo de obtener donaciones para construir sus iglesias y poder destinarlas, por un lado, a los fieles de la comunidad, y por otro, al uso privado de familias distinguidas.

En Galicia, las capillas absidales y las adosadas en el crucero o a continuación de éste, fueron frecuentemente dedicadas a uso funerario, como demuestran los escudos nobiliarios que casi todas conservan, o bien epígrafes alusivos al personaje sepultado, en losas, arcos sepulcrales con sarcófagos, generalmente con el bulto del caballero —el de Juan Freire de Andrade en San Francisco de Betanzos—; sepulcros exentos con yacentes y decoración heráldica —el de Payo Gómez Charino en San Francisco de Pontevedra—, a veces, combinada con escenas religiosas y profanas —el de Fernán Pérez de Andrade en San Francisco de Betanzos—. En estos espacios suelen encontrarse escudos nobiliarios empotrados en los muros —el de Payo Gómez de Soutomayor en Santo Domingo de Pontevedra y el de los Andrade, acompañado de su emblema: oso y jabalí, en las iglesias de Santa María, Santiago y San Francisco de Betanzos—, adosados a los pilares del crucero o capilla mayor —Santo Domingo de Lugo—, o formando parte de la decoración de los capiteles —capilla mayor de Santo Domingo de Tui y crucero de San Francisco de Orense—.

Cuando se hallaban ocupadas las capillas de la cabecera, los nobles y algunos miembros de la burguesía dispusieron su monumento funerario en los muros de la nave, en capillas adosadas a ésta, o en las dependencias conventuales: Claustro y sala capitular —San Francisco de Betanzos, Santo Domingo de Ribadavia y Tui—. Ello explica el auge que alcanzó la escultura funeraria desde fines del siglo XIV hasta los primeros años del siglo XVI, si bien, las reformas renacentistas y sobre todo barrocas, que afectaron en el mejor de los casos a las naves y capillas contiguas de la iglesia o a las dependencias conventuales, diezmaron considerablemente este capítulo de la plástica medieval.

La documentación, parca en cuanto a datos artísticos, recoge una buena parte de los

(18*) Véase nota 15.



fig. 5.— Sepulcro de Fernán Pérez de Andrade o Bóo.

donativos que los personajes entregaban a cambio de una sepultura en el convento, lo que nos permite reconstruir la situación real de aquellos siglos.

LA NOBLEZA GALLEGA Y LA CAZA

El balance sobre la caza y su entorno social y moral durante la Baja Edad Media se puede aplicar, en líneas generales, al caso gallego, debido al fuerte arraigo que alcanzó el régimen señorial en estas tierras (19), y a las estrechas relaciones que se mantuvieron con la nobleza y realeza de la Península Ibérica, a través de enlaces matrimoniales o intervenciones políticas.

La lucha dinástica entre Pedro I y Enrique de Trastámara será decisiva para la formación de una nobleza trastamarista, a partir de 1370, con la ascensión de Pedro Ruíz Sarmiento, Adelantado Mayor de Galicia; Pedro Ruíz de Castro, Conde de Trastámara y Pertiguero Mayor de Santiago; Juan Rodríguez de Biedma, Álvaro Pérez Osorio, García Rodríguez de Valcárcel, Juan Pérez de Noboa, los Ulloa, los Moscoso, los Soutomayor y, de manera muy especial, Fernán Pérez de Andrade o Bóo (20).

Aunque este caballero ha sido conceptualizado como el máximo representante de la caza practicada por la nobleza gallega (21) y el promotor de los ciclos venatorios —montería

(19) Véase V. DE APONTE, *Relación de algunas Casas y Linages del Reino de Galicia* en "Historia de Galicia de B. Vicetto, Ferrol 1872, t. VI, pp. 404-485; J. GARCÍA ORO, *La nobleza gallega en la Baja Edad Media*, Santiago de Compostela, 1981; M.C. PALLARES MÉNDEZ y E. PORTELA SILVA, *Edad Media*; en "Historia de Galicia", Madrid 1981, pp. 63-139, especialmente pp. 96-139.

(20) Véanse notas 17 y 19. Sobre los Andrade véase además A. COUCEIRO FREIJOMIL, *Historia de Puente deume y su comarca*, Puente deume 1971.

(21) Quizás por la escasez de noticias documentales sobre la actividad venatoria de los demás caballeros. Así por ejemplo, las representaciones de la caza del jabalí, en Santo Domingo de Pontevedra y Tui, me hace suponer que este tipo de montería gustaba a la familia Soutomayor —patrones de la capilla mayor de ambos conventos—; sin embargo, no se conocen datos que pudiesen respaldar esta hipótesis. Véase mi estudio: *Contribución al estudio de las representaciones de la caza del jabalí en Galicia. Iconografía de los capiteles de Santo Domingo de Pontevedra*, "El Museo de Pontevedra", XXXVII, en prensa.

Por el contrario, de Andrade se conservan una serie de fuentes manuscritas y obras artísticas de carácter civil y religioso promovidas por él, que revelan de por sí sus aficiones personales. Véanse a este respecto, además de las obras mencionadas, F. VALES VILLAMARÍN, *Contribución a la historia de Betanzos. El sepulcro de Andrade "o Bóo"*, en "Anuario Brigantino" 1949 (bibliografía); M. NÚÑEZ RODRÍGUEZ, *El sepulcro de Fernán Pérez de Andrade como expresión de individualidad y una época*, en "Bracara Augusta", XXXV, 1981, pp. 397-413.

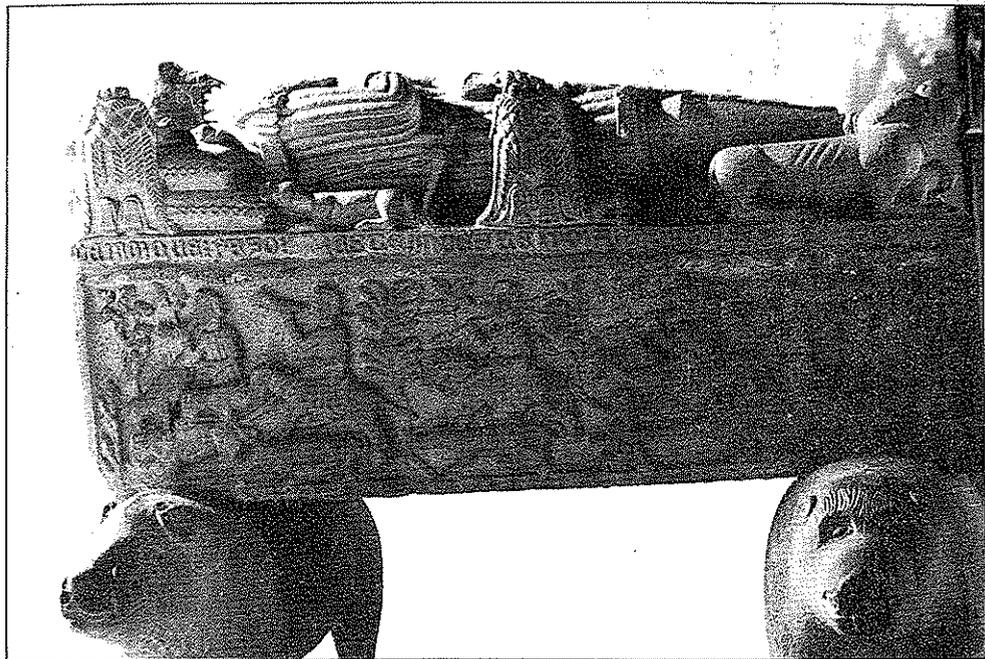


fig. 6.— Sepulcro de Fernán Pérez de Andrade o Bóo.

y cetrería— en la comarca brigantina, por la riqueza de representaciones plásticas que se mantienen en la actualidad, hay que reconocer como patrón introductor, al menos en los conventos mendicantes, y a juzgar por lo que hoy en día se conserva, al franciscano de Orense que, sin alcanzar, por supuesto, el despliegue narrativo que caracteriza a las escenas de Betanzos —a través de una serie de secuencias presenta el desarrollo de una auténtica montería medieval, tal y como la describen los tratados y nos lo muestran sus miniaturas—, nos ofrece, por el contrario, tres reducidos lances de cetrería y una cacería de lobo en sus capiteles. Contamos además con otros ejemplares de hacia mediados del siglo XIV, entre los que merece destacarse una montería del jabalí en Santo Domigno de Ribadavia (22), con diversos episodios comparables, de algún modo, a los de Betanzos, si tenemos en cuenta los recursos espaciales de uno y otro convento: las figuraciones de Santo Domigno ocupan parte de los capiteles del primer pilar de la nave del Evangelio —caras sur y oeste— (fig. 3), en tanto que las de San Francisco han sido esculpidas en siete sillares rectangulares situados en los costados de la capilla mayor y en los dos frentes del sarcófago de su promotor, sin contabilizar, en este balance, otros asuntos aislados de caza que presentan los capiteles de ambas iglesias.

De cualquier manera, y a pesar de los abundantes ejemplos —reducidos a un incidente concreto en la mayoría de los casos— que se localizan por toda la geografía gallega, es justo reconocer, hoy en día, en la persona de Fernán Pérez de Andrade, al montero más cualificado de la Galicia medieval.

Posiblemente, sus frecuentes contactos con la nobleza portuguesa hayan sido decisivos a la hora de programar los relieves cinegéticos de su monumento funerario (23) (figs. 5

(22) Las semejanzas estilísticas e iconográficas que presentan estas escenas y las de Santo Domingo de Pontevedra (fig. 4) me inclinan a pensar que aquéllas pudieron inspirar a las de Pontevedra.

(23) Esta supuesta influencia ya la advirtió J.M. CAAMAÑO MARTÍNEZ, *Contribución al estudio del Gótico en Galicia*, Valladolid 1962, p. 141, nota 22. Sobre sus relaciones con Portugal, véase además nota 21 y en especial, F. VALES VILLAMARÍN, *Contribución... cit.*, Apéndice II: "Breve noticia sobre "Rabés", el famoso alano regalado por Andrade "o Bóo" al infante Don Juan, hijo de don Pedro de Portugal y de Doña Inés de Castro".

y 6). En efecto, los tres sepulcros portugueses más significativos de mediados del siglo XIV, que Andrade pudo conocer, corresponden a dos hijos del Rey D. Dinis: D. Fernão Sanches y D. Pedro, Conde de Barcelos, y a la esposa de éste, D.^a Branca de Sousa (24). Sin embargo, el sarcófago de Andrade, con una escala más reducida de las figuras y de la decoración ambiental, que le permiten introducir en la escena mayores recursos iconográficos —doce personajes activos y veinticuatro animales—, nos ofrece una riqueza compositiva que le diferencia al menos con dos de aquéllos: el de Branca de Sousa y el de Fernão Sanches (25), que parecen más inclinados por reproducir el momento más emotivo y dramático: el acoso y remate del jabalí por parte del protagonista de la expedición (26).

Ya en el siglo XV, D. Fadrique, Duque de Arjona, muy conocido en Castilla y Galicia por sus aficiones venatorias, también organizaba grandes partidas de caza en la torre de Quitapesares (27).

Por su parte, Diego de Andrade (+ 1492), descendiente de Fernán Pérez y titular de la Casa, sentía especial predilección por la cetrería (28).

Finalmente, la baja nobleza: los escuderos, generalmente al servicio de los caballeros, también practicaban este deporte. El testimonio más significativo, a este respecto, nos lo proporciona la tapa sepulcral de Juan Feijóo, pertiguero de Celanova, que reza así:

E(RA) MCCCCLII: AQY: IASE IAN: FEYJOO: ESCUDEYRO: / BON FIDALGO: E (VER)DADEIRO: GRAN / CACADOR: E MONTEYRO (29).

TÉCNICAS Y TIPOS DE CAZA EMPLEADOS POR EL ESTAMENTO NOBILIARIO

La montería y la cetrería, practicada por la nobleza, se ajustaban a una serie de normativas muy precisas, que requerían un período de formación técnica y práctica por parte de sus practicantes (30) (fig. 7). Era necesario aprender a emitir los diferentes sonidos del cuerno o bocina, preparar y adiestrar a los perros y aves de caza (fig. 8), conocer el terreno, fabricar y utilizar las trampas, redes o lazos y descuartizar adecuadamente a la pieza

(24) Véase sobre este asunto, M. RIBEIRO, *A montaria na escultura tumular*, en "Panorama", n. 20, Dezembro de 1966, pp. 29-40 con excelentes reproducciones de estos y otros sepulcros portugueses.

Para S. MORALEJO (*La reutilización e influencia de los sarcófagos antiguos en la España medieval*, en "Colloquio sul reimpiego dei sarcofagi romani nel medioevo", Pisa 5-12 settembre 1982, Verlag des Kunstgeschichtlichen Seminars, Marburg/Lahn 1984, pp. 187-203) estos sarcófagos con temas cinéticos, al igual que el de Andrade "hacen inevitable la evocación de sus lejanos precursores antiguos", y advierte además las coincidencias que presenta el sarcófago de Caecilius Vallianus con el de Branca de Sousa (pp. 199-200, fig. 10).

(25) Los relieves del túmulo de D. Pedro presentan un esquema compositivo —ambientación y movimiento de las figuras— más cercano al de Andrade.

(26) Muchos sarcófagos romanos con temas de cacería reúnen estas dos características: riqueza iconográfica de la composición y protagonismo de algún participante, que generalmente galopa hacia la presa acorralada en actitud de propinarle el remate. Véanse reproducciones en B. ANDREAE, *Die Sarkophage mit Darstellungen aus dem Menschenleben*, Berlin 1980, láms. 93, 1-4, 94, 1-4, 95, 3-4. Sobre la simbología que comportan estos asuntos en aquél contexto social véanse, F. CUMONT, *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains*, Paris, 1942; J. AYMARD, *op. cit.*

(27) J. FERRO COUSELO, *La torre de Quitapesares y el Duque de Arjona*, en "Boletín del Museo Arqueológico de Orense", VI, 1950-51, pp. 101-121, en especial, p. 102 donde señala que según la *Historia del Halconero*, se le consideraba "el mayor montero e cazador que hubo en Castilla" y contaba con "mil sabuesos, doscientos alanos y lebres y veinte cazadores de neblis, «e gerifaltes e sacres e azores»"; J. GARCIA ORO, *La Nobleza... cit.*, p. 38-39. A propósito de lo señalado más arriba (véase nota 11) sobre la familiaridad en el tratamiento de los temas religiosos resulta interesante el relato que nos ofrece FR. MALACHIAS DE LA VEGA, *Chronologia de los Ilmos. Juezes de Castilla*, BN Mss 19.418, fol. 324 rv, sobre la enfermedad de un caballo del Duque de Arjona cuando vivía en el monasterio de Carracedo, expresándose así: "Tenía el Duque un hermoso cauallio; enfermo de mal de ojo; no le sanaban los Aluettaires... pidió la reliquia del ligno de la Cruz de Christo que esta engastado, y encajado en madera de la Cruz de Sancto Andrés; y en llegando a la presencia del cauallio, rebento, con admiración del Duque, y no sin grande arrepentimiento de su atreuimiento, pues pretendia; que Dios le sanasse el cauallio con el lignum Crucis".

(28) Así se desprende de la Cédula Real de Burgos, 7 de julio de 1489 (Simancas-Sello, VII-1489, fol. 204 rv.), en la que los Reyes Católicos le requerían para que abonase a Vasco de Vilernio, vecino de Betanzos, la suma de 30.000 maravedís por tres azores y un lebrél que le había traído de Irlanda, hacia ya tres años.

Documento citado por J. GARCIA ORO, *La Nobleza... cit.* p. 156, nota 156, a quien agradezco la xerocopia del original.

(29) Procedente del monasterio de Celanova, se conserva en el Museo Arqueológico de Orense. Ya en el siglo XVI, esta inscripción y la de Vasco Pérez de Temes, llamaron la atención de AMBROSIO DE MORALES, quien las recogió en: *Las antigüedades de las ciudades de España*, en "Crónica de España" t. X. Madrid 1792, p. 199; comentando que debían ser los Gallegos de aquel tiempo amigos de tales coplas y consonantes".

(30) Para este aspecto que analizó brevemente, remito a la relación de tratados citados en la nota 6. En las ediciones de casi todos ellos se dedica un apartado más o menos amplio a esta cuestión.



fig. 7.— Gaston Phoebus enseñando el arte de la montería. Facsímil de una miniatura del manuscrito del s. XV Phebus, des deduiz de la chasse des bestes sauvages et des oyseaux de proie. Bibliothèque Nationale de París. Reproducido en *La Caza. Vida y costumbres de la Edad Media. Barcelona 1982.*

capturada. (fig. 9).

La técnica más empleada en la montería era la *batida* o caza “clamorosa” que llevaba consigo la actuación de numeroso personal especializado: monteros y ayudantes (sirvientes, pajes, relevos, avistadores o rastreadores y ojeadores). Los avistadores se introducían en el monte con un sabueso —o podenco—, sujeto por una correa para localizar el rastro de la pieza (31). Los ojeadores (“omes de bocerio”), ayudados por una comitiva de perros —galgos o perros de carrera (32)—, obligaban a los venados a salir de los encames para que corriesen a través de las “vocerías” —zonas del monte que previamente habían sido señaladas “en términos altos y limpios”—, para concluir en las “armadas” —lugares de espera—, donde el montero remataba a la víctima con la ayuda de perros es-

(31) Véase, por ejemplo, dos ilustraciones en *La Caza. Vida y costumbres de la Edad Media*, Barcelona 1983, y la representación del capitel entrego n. 1 de la capilla mayor de Santo Domingo de Pontevedra.

(32) Según Gaston Phebus (*El libro de la Caza*, Madrid 1977, p. 78), “este tipo de perros se suele hallar en Vizcaya y en España. Son muy buenos para el jabali”.

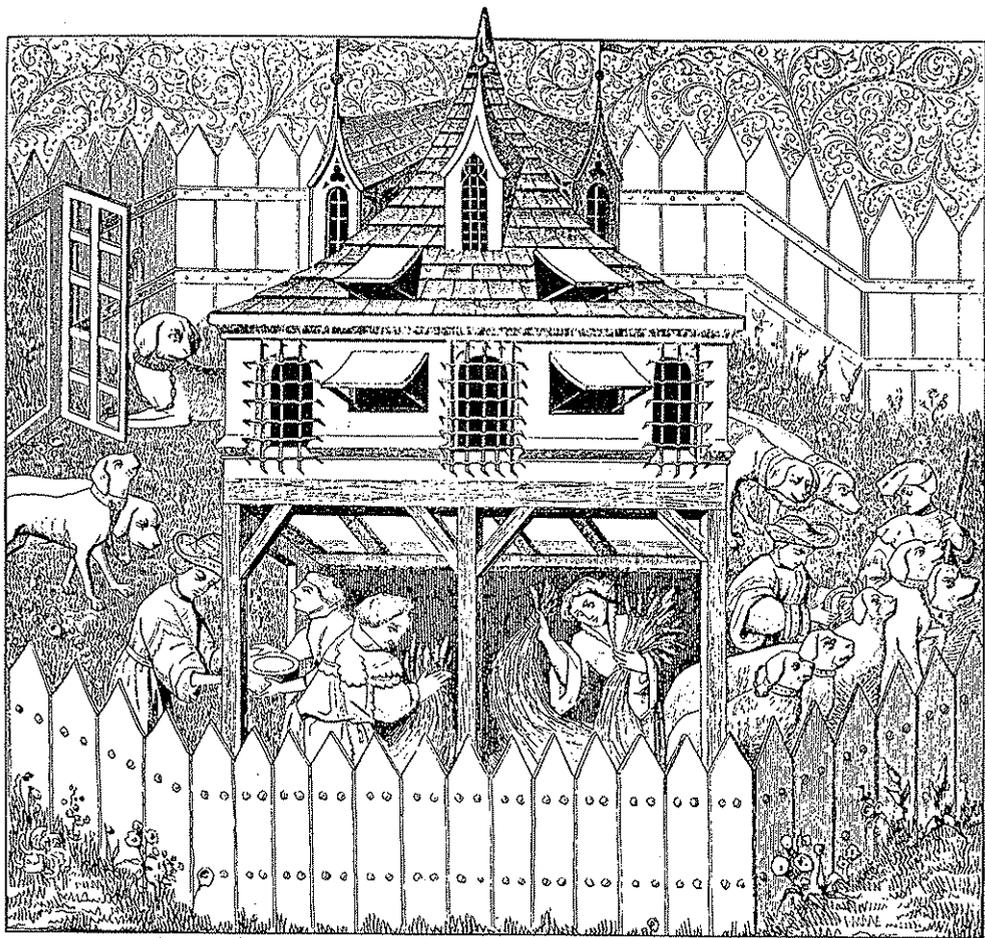


fig. 8.— «De la perrera donde los perros deben morar y cómo se se les debe tener». Facsímil de una miniatura del manuscrito del s. XV Phebus... Reproducido en *La Caza. Vida y costumbres de la Edad Media...*

pecializados —mastines, lebreles, dogos y alanos—, que se encargaban de sujetarla (33) (fig. 10). En algunas ocasiones se colocaban trampas en las “armadas” (34).

Otro sistema, denominado *rececho*, consistía en localizar el rastro del venado procurando que éste no advirtiese la presencia del cazador, y rematarle con un venablo, jabalina, espada, arco o ballesta. Una derivación del mismo era el *aguardo*: el montero espera el paso de la víctima para proceder al ataque.

La cetrería, que fue muy apreciada por la aristocracia del bajo medievo, exigía un adiestramiento de las aves de presa muy minucioso.

En España se introdujo este deporte a través de dos direcciones: Norte y Sur, de procedencia germánica y musulmana respectivamente (35).

Existían dos modalidades: alto y bajo vuelo, que se regían por unas normas dictadas por la nobleza feudal. El alto vuelo o altanería, con halcones de diversas variedades (peregrino: neblí o baharí; gerifalte, borní, alcotán, esmerejón, sacre, tagarote y alfaneque),

(33) Véase el frente norte, lado de la cabecera, del sepulcro de Andrade.

(34) Véanse láms. en *La Caza. Vida...* cit.

(35) Véase J. FADREJAS LEBRERO, *Literatura medieval cetrera*, Madrid 1969.



fig. 9.— «De qué manera se debe despellejar al ciervo y descuartizarlo». Facsímil de una miniatura del manuscrito del s. XV Phebes... Reproducido en *La Caza. Vida y costumbres de la Edad Media...*

requería amplias llanuras (36). El bajo vuelo, con azores y gavilanes, se practicaba en terrenos con matorrales y abundante vegetación (37).

Elementos necesarios para la caza de volatería, además de las aves de rapiña, eran los perros y los caballos. Los perros, en algunas ocasiones, ayudaban a dominar a las presas —liebres, perdices, garzas, faisanes, palomas, etc.—.

El período de entrenamiento de las aves se basaba en el hallazgo, y el estímulo determinante era el hambre. Asimismo, se empleaban la caperuza, las pihuelas y un guante para proteger el puño del cetrero. (38)

(36) Según D. JUAN MANUEL, *Libro de la Caza* en "Obras Completas", ed. de J.M. Blecua, t. I. Madrid 1982, p. 559, "la caza de los falcones altos vino a Castilla después que el sancto rey don Ferrando... caso con la reyna donna Beatriz, que ante desto dizen que non matavan la garça con falcones, si non con açores".

(37) Caso de Galicia y Portugal. Véase nota 28.

(38) Véase D. JUAN MANUEL, *op. cit.*, capítulos IV y V, y algunas miniaturas de *Le Livre du roy Modus et de la royne Ratio*, reproducidas en F. LACROIX, *Vsos, costumbres y vestidos de la Edad Media y del Renacimiento. Vida pública y privada*, Buenos Aires 1946, figs. 148-150, 153-155.

SAN FRANCISCO DE BETANZOS.— CATÁLOGO DE LOS PRINCIPALES CICLOS VENATORIOS PROMOVIDOS POR FERNÁN PÉREZ DE ANDRADE “O BÓO”.

Iglesia franciscana de estilo gótico, costeada por Fernán Pérez de Andrade o Bóo, según reza en la inscripción de su sepulcro (1387). Presenta planta de cruz latina; con una nave compartimentada en cinco tramos por arcos apuntados y cubierta de madera: tres ábsides con bóveda de crucería, el central hemidecagonal precedido por un tramo recto, y los laterales rectangulares. En los testeros de los brazos del crucero, que se cubren con bóveda de cañón apuntada dividida en dos tramos por un arco fajón, se abren sendas capillas funerarias semejantes a las menores de la cabecera. A ambos lados del primer tramo de la nave, contiguo al crucero, se abrieron otras dos capillas, de fines del siglo XV la del lado del Evangelio y del siglo XVI la del lado de la Epístola.

I. Sepulcro de Fernán Pérez de Andrade O Bóo

Procedente de la capilla mayor y ubicado actualmente al fondo de la nave. Sarcófago exento, de granito, con estatua sepulcral, elevado sobre los lomos de un oso y un jabalí (fig. 5).

Sobre la cama se asienta la escultura de la yacente, reposando la cabeza en dos almohadones, y acompañada de cuatro ángeles orantes —las cabezas están mutiladas— y siete perros echados de caza: dos lebreles con carlanças —empleados para sujetar a la presa—, protegiendo a sus crías a los pies; un perro pequeño —quizás un galgo de carrera— situado a la derecha del difunto (fig. 6), junto a otro cachorro protegido por uno de los ángeles arrodillados; y finalmente, un perro sabueso en el lado opuesto, apoyado el hocico sobre uno de los almohadones.

Sobre la armadura luce esclavina y sayo corto de cabalgar —con plegados tubulares—, abierto en el lateral derecho y abotonado en la parte delantera. Sujeta con su mano izquierda una larga espada, y con la derecha, un doble cordón franciscano del que cuelga una daga. La inscripción, en caracteres monacales reza así: (sobre el fleco de la esclavina) FERNAN : P(ERE)Z : DANDRADE (en el listel de la yacija) + AQUÍ : IAZ : FERNAN : PEREZ : DANDRADE : CAUALEIRO : QUE : FEZO : ESTE MOESTEIRO : ANNO : DO NASCEMENTO : DO NOSO SENNOR : IHESU : XPISTO : DE : MIL (E)T CCC : ET : OYTEENTA E(T) SETE : ANOS

En el costado menor de la cabecera del sarcófago, la Virgen y el Arcángel Gabriel sostienen el blasón de los Andrade: escudo terciado en banda con motivos geométricos —formando grecas— y bordura con el lema: + AUE : MARIA GRACIA PLENA : DOMIN(US). En el costado opuesto, el mismo blasón aislado.

En los lados mayores de la urna, se representan en altorrelieve dos episodios de montería cuyos participantes avanzan hacia la cabecera de aquélla:

a) Lado de la Epístola: dos monteros a caballo acuden al aviso de tres rastreadores —dos de ellos tocan la bocina y el otro les hace una seña con la mano izquierda—, que han localizado a un ciervo y a una jabalina con cuatro jabatos en un “comedero”. Sobre los árboles —robles en su mayoría—, se posan tres azores.

b) Lado del Evangelio: tres monteros cabalgan con dos perros hacia un jabalí que se encuentra acosado por dos lebreles; el primero toca el cuerno —lo mismo hace su vocero—, una vez que ha clavado su venablo en el costado de la bestia. A la derecha, dos perros acuden en auxilio de un peón que, arrodillado sobre una pierna, se dispone a rema-

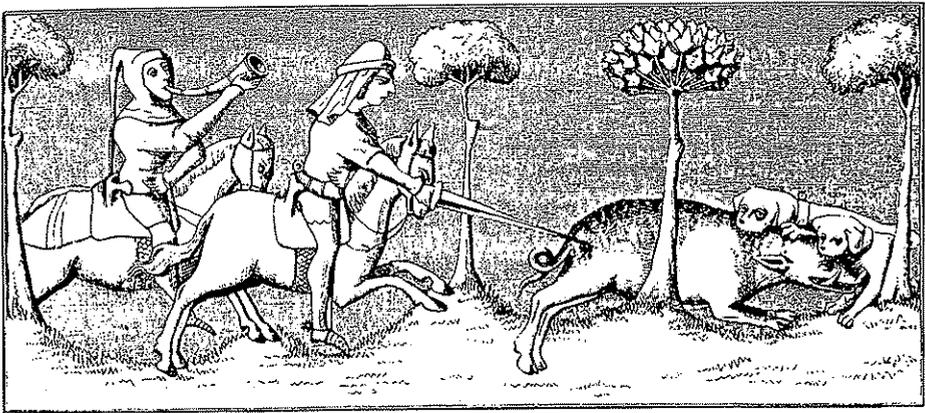
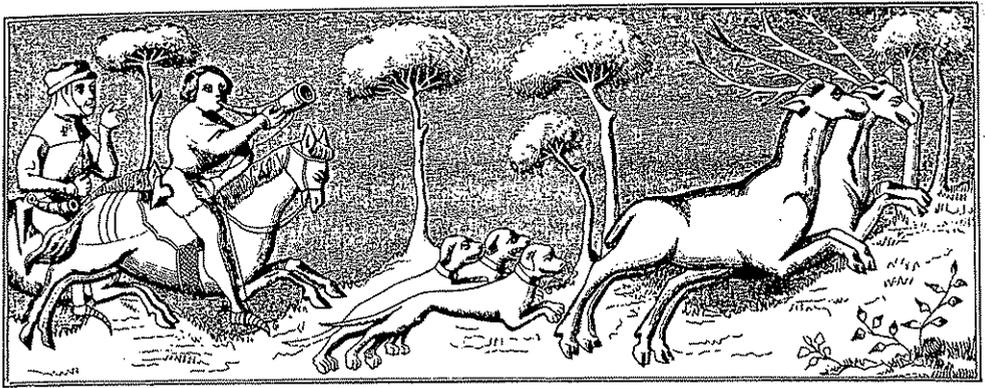


fig. 10.— «Cómo se toma la pieza de jabalí con perros». Facsímil de una miniatura del manuscrito Livre du roy Modus. Reproducido en La Caza. Vida y costumbres de la Edad Media...

tar a otro jabalí que avanza hacia él. Dos voceros emiten los toques reglamentarios.

II. Relieves de la Capilla Mayor

En los tramos rectos del presbiterio se desarrollan en altorrelieve dos monterías del jabalí con numerosos participantes, rubricadas con el blasón de los Andrade: escudo sobre el lomo de un perro echado, con bordura en la que se lee la siguiente inscripción en bajorrelieve y caracteres monacales: "AUE : MARIA : GRACIA : PLENA : DOMINOS : TECUM : BEN(EDICTUS), en el lado del Evangelio; y escudo sobre el lomo de un jabalí pasante, terciado en banda, con motivos vegetales sobre un tallo ondulante y bordura con el siguiente lema en mediorrelieve + AUE : MARIA : GRACIA : PLENA : DOMIN(US) T(ECUM), en el lado de la Epístola.

a) Costado del lado del Evangelio (cuatro sillares). Escena de montería. De derecha a izquierda: dos rastreadores con venablos se encuentran en un bosque de pie mirando hacia el frente, y entre ellos, camina un sabueso junto a un arbolillo; a continuación, tres ojeadores comunican la situación de la presa a dos monteros que cabalgan con perros de carrera hacia la "armada"; allí donde se encuentran dos personajes de pie que han clava-

do sendos venablos a un jabalí acorralado y sujeto por tres perros —uno de ellos volteado por los aires—. El fondo se decora con arbolillos y arbustos (fig. 1).

b) Costado del lado de la Epístola (tres sillares). Escena de montería. De derecha a izquierda: dos ayudantes inician el rastreo con los sabuesos; junto a ellos, dos monteros avanzan a galope para auxiliar a otro que ha sido abatido por un jabalí, al igual que uno de los perros. Un ojeador sujeta por la pierna al personaje herido, mientras que su compañero anuncia el suceso tocando la bocina (fig. 2). (39)

Octubre de 1985



(39) Dejo para otra ocasión el estudio iconográfico de los programas cinegéticos así como otros asuntos directa o indirectamente relacionados con ellos. La bibliografía sobre estas piezas, muy numerosa y conocida (véase en especial la Revista "Anuario Brigantino"), ha sido excluida de este catálogo por razones de espacio.